- Adiós, corruptor.
- Hasta más ver, filántropo.

Y se separaron con un apretón de manos. Así acababan siempre todas sus querellas. Entre tanto la venta de los productos de la casa Vernier-Mareuil y los beneficios de la banca habían tomado tales proporciones, que Vernier se hizo construir en la plaza de Malesherbes un hotel señorial y acabó por considerar como absolutamente insignificantes los gastos que hacía su mujer en casa de los modistos más caros de París y las deudas que contraía Cristián por los lindos ojos de Etiennette Dhoriel.

n

Una de las criaturas más peligrosas que pudiera en contrar un hijo de familia era la encantadora rubia que se había apoderado de Cristián. Etiennette empezó por ser maniquí en casa de Doucet y allí dió vueltas y paseos delante de los clientes para hacer admirar los modelos nuevos. Un capricho por un actor de Variedades, de cara simiesca y que, sin embargo, hacía asombrosas conquistas, condujo á la joven al teatro, y alli su belleza, su gracia y el esplendor de su cabellera de un rubio rojizo sedujeron al joven Golsdcheider, que la puso una lujosa casa y la lanzó. En un año, Etiennette había hecho gastar al joven barón tales sumas; que la caja de su padre, sólida sin embargo, llegó á resentirse. La hermosa, salida de un departamento de la calle Pasquier y de un coche alquilado, llegó en doce meses á tener un hotel propio en la avenida del Bosque y un salón amueblado con el famoso mobiliario del príncipe Thurigny que costó ciento quince mil francos en casa de Wertheimer. Sus carruajes y sus caballos rivalizaban con los de las más brillantes cuadras de la capital, y tenia á su servicio al picador de lord Bloodberry, que

este gran señor había encontrado demasiado caro. Esta mujer, que tan hábilmente hacia pagar á los hombres, poseía en el mismo grado la habilidad de constituírse rentas. En la marcha de su casa daba muestras de una economía inteligente que dejando á su lujo un brillo incomparable, le permitía hacer todos los meses serias colocaciones de dinero. De Golscheider pasó á Pierre Thuraux, el fabricante de fideos millonario, que no duró más que seis meses. Después pudo echar mano á sir Julius Harvey, que dirigia en París el trust del caucho para el mundo entero El profundo aburrimiento que le producían sus relaciones con el riquisimo americano la condujo á un capricho por el salado Clamirón, pero los caprichos de Etiennette no eran jamás gratuitos v Clamirón fué enganchado á la limonera en el carro de la bella mientras Harvey tiraba de él en la lanza. Después del actor de Variedades, nunca Etiennette amó á un hombre lo bastante para no hacerle contribuir á su presupuesto. La joven manifestaba su ternura por la mayor ó menor confianza que permitia á sus amantes. Nunca toleró que Harvey la tutease en público, pero Clamirón podía decírselo todo y él abusaba del permiso. Sin embargo, el día en que le fué presentado Cristián en las carreras de Deauville, experimentó una especie de emoción. Aquel guapo mozo moreno, de cara pálida iluminada por grandes ojos azules, le gustó singularmente. Si el heredero de los Vernier-Mareuil hubiera estado pobre, acaso Etiennette hubiera sido capaz de una pasión desinteresada, pero, desgraciadamente para él, Cristián era uno de los más ricos herederos que se paseaban por el Bosque, y estando á punto de ser tratado excepcionalmente, hizo lo que todos sus antecesores : pagó. Un día que á Etiennette le dió porser franca, le contó sus vacilaciones y acabó por decirle :

— Tú no hubieras querido que te tuviera de balde... Hubiera sido humillante para el crédito de tu padre...

Cristián no quería ser humillado y pagaba á manos llenas. Jamás tan hermosa cascada de oro cayó ruidosamente de las manos de un vividor. En aquel momento preciso fué cuando-Vernier intervino é hizo á su heredero severas amonestaciones. Pero éste estaba demasiado bien atado para recobrar fácilmente la libertad, pues Etiennette ponía todo su orgullo en no ser una de esas mujeres á quienes se abandona. Siempre había puesto en la puerta á sus amantes, y ni uno tan sólo se había marchado por sí mismo. La vida que Cristián llevaba con ella era, por otra parte, incompatible con toda independencia. Aquella mujer endiablada, chispeante de ingenio y rica en fantasía, dominaba completamente á los hombres.

El fastidio, esa plaga de la gente ociosa, no existía para los que vivían á su lado, y para obtener ese resultado explotaba el vicio bajo todas sus formas. Su especialidad consistía en infundir malas costumbres á los que no las tenían. Á Clamirón le hizo jugador y á Bloodberry morfinómano. Y en sus manos y bajo su influencia, el desgraciado Cristián aprendió á beber. En los grandes restaurants se entregaron á la pasión de los vinos y Etiennette, como una gran dama á lo Luis XV, hacía frente á Cristián en aquellas alegres orgías. Desde entonces el cuidado constante de la joven fué ofrecer á Cristián esas mismas distracciones á domicilio é inició una serie de fiestas á las que eran invitados Clamirón, Vertemousse, Longín, Marieta de Bernay y Juana Buzancy. Hubo en aquella casa congresos culinarios y Cristián no se desdeñó de bajar con Clamirón á las cocinas para confeccionar platos á su modo. Entonces enpezaron los aperitivos antes de

comer, las largas series de botellas vaciadas durante las comidas y el desencadenamiento de los más bajos apetitos materiales. Cuando Cristián, con las piernas vacilantes, se levantaba de la mesa sin pensar más que en dormir, era aquella para Etiennette una economía de ternura y un saludable aumento de reposo. Durante más de un año la familia de Cristián no observó aquella horrible costumbre del joven, que había ya incubado su embriaguez de la noche anterior cuando se presentaba á almorzar con sus padres. Pero una casualidad trajo el descubrimiento de la verdad. Una noche en que Vernier y su mujer fueron á Variedades á vér la comedia nueva, vieron entrar en un palco platea, ya empezada la función, á Etiennnette y Juana Buzency escoltadas por Vertemousse y Cristián, los cuales hicieron tal estrépito al entrar, que el público, indignado, se volvió hacia el palco y los actores suspendieron un momento la representación. En el mismo momento y como para responder á las protestas, Cristián se levantó en el fondo del palco y su padre le vió lívido, con los ojos turbios, la mirada vaga y ofreciendo en toda su persona la imagen lamentable de la embriaguez. Aquel movimiento pareció haber agotado sus fuerzas, pues el joven volvió á caer en su asiento y no se le vió más. Vernier y Emmelina, estupefactos ante aquella aparición, se miraron sin atreverse á hablar, tan penoso les parecía lo que tenían que decirse. Después, por una reacción de su carácter enérgico, Vernier prorrumpió en una violenta exclamación y se levantó.

- ¿Á dónde vas? dijo Emmelina.

— Á traerme de una oreja á ese vicioso, exclamó
Vernier rojo de cólera...

- No vaya usted, dijo Templier. Usted no puede po-

nerse en contacto con las muchachas á quienes acompaña Cristián. Yo iré si usted quiere...

- Sí, se lo ruego á usted, amigo mío.

- ¿ Y qué debo hacer?

— Traerme inmediatamente á Cristián. Quiero hablar con él...

- ¿ Y si se niega á seguirme?

- Entonces, veremos.

Raimundo fué acogido en el palco con estas aclamaciones:

— ¡ Ah! Aquí tenemos al amigo de la casa. ¿ Qué vienes á hacer aquí? Vente con nosotros, querido barón...

El aire de compunción de Templier suspendió aquella efervescencia:

- ¿ Qué tienes? dijo Cristián. ¿ Hay alguien enfermo?

— No, pero tu padre está en el teatro con su mujer y me envía á rogarte que vayas á hablarle.

- ¿ Qué le ocurre?

El joven se levantó, pero le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse.

— ¡ En qué estado te encuentro, desgraciado! dijo Templier con pena.

— No comprendo qué me pasa. Debe de ser el calor del teatro. Al llegar estaba fresco como una rosa. En fin, cuenta qué sucede.

— Sucede que tu padre te ha visto, como todo el mundo, y no ha podido menos de observar el estado en que te encuentras... Puedes figurarte el efecto que le has producido... Quería venir á buscarte él mismo... Y si no es por mí...

— ; Ah! | Escenas de familia en público! ¿ Eh? Étiennette, la maldición paternal en un palco de Variedades... Sería cosa de revista... ¿ Concibes á mi padre representando los Lassouche?... No creo que sacaría para los gastos...

Cristián prorrumpió en una carcajada, de la que no participaron sus amigos, molestados por aquel diálogo.

Vertemousse creyó que debía decir:

— Es un diablo que tus padres estén aquí precisamente esta noche... Vas á tener historias...

La mirada de Cristián se encendió y sus labios se

crisparon.

- Sería un poco fuerte que mi padre me fastidiase por una pequeña calaverada. Yo le dejo hacer lo que él quiere ¿ verdad? Pues que no se meta en mis operaciones.
  - ¡ Pero, querido!... respondió el buen Templier.
- Oye, pequeño, dijo brutalmente Cristián, debías comprender que si hay alguien que tenga que hacer observaciones sobre las conveniencias ó sobre la moral, ese no eres tú... En fin, basta de historias ¿ sabes? He venido á divertirme y no quiero que me molesten.
- Está bien, dijo Raimundo con frialdad glacial. Después se levantó, saludó á las mujeres y se dispuso á salir; pero Étiennette era demasiado lista para dejar que el barón se marchase enfadado con Cristián é intervino con su autoridad habitual:
- Mi querido Templier, no se incomode usted. Cristián es un imbécil...
- ¡ Hombre! Está bien... Tienes gracia al decirme...

La joven le interrumpió:

— Eres un imbécil, perfectamente. Primero porque recibes mal á un amigo que viene á hacerte un favor, y después porque faltando al respeto á tupadre arriesgas el incomodarle... Además...

- Basta, gruñó Cristián. Hagamos las paces, barón. Di á mi padre que iré á verle á su despacho mañana... Esta noche, realmente, estoy un poco alterado para hablar con él...
  - Entonces, buenas noches.

Después de esta semisatisfacción, Raimundo estrechó á todos las manos sonriendo y se marchó.

Por la mañana, á las once, estaba Vernier en su despacho de la calle de Chateaudun, muy ocupado en abrir una numerosa correspondencia, enfrente de Mareuil, cuando entró Cristián sin llamar. El joven tenía muy buena cara, la vista viva y la boca sonriente. Una noche tranquila le había repuesto por completo. Se dirigió á su tío, le besó como un niño y quiso hacer lo mismo con su padre, pero Vernier le contuvo con un ademán enérgico y dijo mirándole con frialdad:

- Celebro, caballero, el ver que ha tomado usted

posesión de sí mismo...

Cristián dejó caer los brazos con desaliento y su cara expresó la más completa desanimación.

— ¡ Me hablas de usted y me llamas « caballero! » ¡ Ah, papá!

Vernier se puso como la grana y exclamó dando un puñetazo en la mesa:

— Un joven que se conduce de ese modo es un extraño para mí...; Cómo!; Dejarse ver en público en un estado tan repugnante! Eso es la locura más que la mala conducta.

Cristián se dejó caer en una butaca y bajó los ojos, resignado á sufrir la indignación paternal. Y mientras Vernier se desataba en períodos violentos tomando por testigo á Mareuil, que aprobaba con la cabeza, Cristián pensaba: He aquí una reprimenda que dejará memoria. Tengo, lo menos, para tres cuartos de hora de

moral à alta presión y durante ocho días cara de palo en el almuerzo, si tengo la imprudencia de presentarme à él. Y todo por una pequeña juerga con unos amigos. Papa me hace pagar caro el dinero que me da... ¡ Y no cesa!... ¡ Es Cicerón! Me está fastidiando resueltamente...

El joven hizo un gesto de protesta al ver que su padre sacaba de un cajón un voluminoso paquete de papeles y le ponía en la mesa. Era el estado de las sumas entregadas á Cristián y nada horrorizaba al joven tanto como la exposición de sus asuntos financieros. Cristián tuvo la fuerza de exclamar:

— ¡ Ah, no! ¡ Nada de cuentas! Me las sacas á relucir continuamente. Eso se acabó; está pagado y no tienes para qué echarme en cara esas viejas historias. Si me has hecho venir para no decirme más que cosas desagradables, prefiero marcharme. Volveré dentro de ocho días, cuando hayas tenido tiempo de calmarte.

— Me estás faltando al respeto, exclamó Vernier exasperado.

— No te falto al respeto, pero encuentro que me tratas como á un vagabundo que comparece ante la policía correccional. Todo esto es desproporcionado. Gritas como un tendero de comestibles al que su heredero hubiera hecho un gasto de trescientos francos. ¡ Es humillante!

— No se trata del dinero que me cuestas, replicó Vernier con fuerza, sino de tus costumbres, que son deplorables. Vives con una cuadrilla de malvados que te conducirán á los peores excesos.

— ¡ Malvados! Clamirón es tan conocido en París como Yvette Guilbert. Vertemousse frecuenta las cacerías de los príncipes. Y Longin es hijo de un hombre tan rico como tú... Si alguna vez esta gente detiene á los transeuntes después de media noche, se puede asegurar que no será para quitarles el dinero, sino para dárselo.

— En fin, supongo que no defenderás á la mala mujer que te está perdiendo. Desde que la tratas cometes toda clase de locuras...

- ¿ Étiennette? No es peor que las demás.

— Es la mujer más peligrosa de París. Tengo noticias sobre ella. ¡ Ah! ¡ Si tú las supieras!

La cara de Cristián recobró la animación y el joven dijo con viva curiosidad.

- ; Cuenta! ; Cuenta!

Vernier sacó del cajón una cubierta azul y la puso en la mesa al lado del legajo de Cristián.

— En primer lugar, está inscrita en la prefectura de policía... La cogieron en noviembre de 1894 en un hotel del faubourg Montmartre, la llevaron á la prefectura y le dieron la cartilla... El año siguiente, estuvo entretenida por un agredado á la embajada de Turquía, Fuad-Effendi, á quien engañaba con un dependiente de la casa Belvern. Ese desgraciado se vió reducido por ella á robar la caja de su principal y le condenaron á cinco años de prisión. Étiennette entró después en casa de Rousset como maniquí y allí conoció á la baronesa de Rodeville, con la que trabó relaciones intimas... La baronesa gastaba con ella sumas importantes y el marido la arrojó un día por la escalera y fué recogida por el portero con la cabeza ensangrentada...

— Le he visto las cicatrices. Ella dice que son de un accidente de carruaje.

— ¡ Mentira! Es una lesbiana y recibe dinero de las mujeres lo mismo que de los hombres.

— ; Nunca hubiera sospechado tal cosa! ¡ Es asombrosa esa Étiennette! ¡ Qué naturaleza!

Vernier volvió á montar en cólera.

- ¿ Ese es todo el efecto que te producen tales revelaciones? Estás tan corrompido que los vicios más repugnantes no te producen más que extrañeza y casi admiración...
- Esa mujer es única en su género. Nunca acaba uno de conocerla y te concedo que es de lo más vicioso que existe. Pero con ella no hay medio de aburrirse un minuto.
  - Si trabajaras, no te aburrirías.

Cristián respondió en tono burlón:

- Si yo trabajase ¿ qué harías tú?
- Hay aquí empleo para ti, dijo Mareuil, viendo que las cosas se iban á echar á perder de nuevo entre el padre y el hijo. Si vinieras á pasar los días á la oficina en vez de arrastrarte por sitios sucios ó malsanos, todo iría mejor para ti el primero.
- Esa infecta mujer con quien te degradas, continuó Vernier, cifra toda su gloria en probar que estás á su discreción. Yo le haré ver lo que cuesta el ponerse enfrente de mí... Voy á ver al prefecto de policía y á hacer que la meta en Saint-Lazare, como la última de las perdidas...
- No hagas tal cosa, porque no tendrías más que disgustos. Está muy relacionada en el mundo oficial y tres ó cuatro diputados comen en su casa. El prefecto daría un salto si fueras á pedirle que se metiera con Etiennette Dhoriel. Se le echaría encima la prensa y sabe muy bien que le costaría caro.
  - ¿ Qué puede temer el prefecto de esa individua?
  - Le haría saltar como un tapón de champagne.
- ¡ Mira! ¡ Cállate ó acabarás por hacerme montar en cólera!
  - No te apeas de ella hace una hora.

Vernier se puso á pasear con agitación.

- ¡ Vamos á ver! Seamos prácticos y claros... Me contraría tu modo de portarte en este momento. Veo que no conseguiré que trabajes como un muchacho serio... Hay, pues, que atacar la causa para suprimir el efecto. París no te conviene. ¿ Quieres viajar?
  - -; Ah, no!
- Una hermosa expedición con tus amigos, á bordo del yate...
  - Me mareo...
  - Á recorrer las costas del Mediterráneo...
  - ¿ Á Monte-Carlo?
  - ; No! Esa perdida iría á buscarte.
- No querrás, sin embargo, que yo haga voto de castidad...
- Lo que quiero es que no destruyas tu salud y que no te vuelvas un idiota.

El padre se entremeció, fué á Cristián, se sentó á su lado y cogiéndole en sus brazos le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

- Vamos á ver, hijo mío, tú no eres malo y no querrás causarme pena. Reflexiona un poco sobre la situación en que me pones. No tengo á nadie más que á ti. Si tu pobre madre viviera ¿ querrías atormentarla? Pues bien, por su memoria, no te dejes llevar del vicio más crapuloso... Prométeme ser razonable... Te daré cuanto quieras si me pruebas tu buena voluntad. No nos separemos enfadados. Me obedecerás ¿ verdad? Deja á esa Dhoriel, que es tu mal genio. ¡ Qué diablo! No faltan mujeres en París. No te obstines en permanecer con la más peligrosa. En el fondo no tienes empeño alguno... Aprovecha una buena ocasión y... Adiós...
  - No te apures por tan poco, papá. Todo se arre-

30653